

**ESTÉTICA LITERARIA DE *PEQUEÑECES*,
NOVELA DEL PADRE COLOMA.
UN PRECLARO ANTECEDENTE DE LA NARRATIVA
CONSERVADORA DEL SIGLO XX**

por

RICARDO SERNA

PRELIMINARES

La lectura de *Pequeñeces*, de Luis Coloma, nos hace retroceder en el tiempo con rapidez, ubicándonos de pronto en un siglo —el XIX— revestido en España de un sinnúmero de importantes conflictos internos y externos que lo hacen, si cabe, más interesante aún a los ojos de historiadores e investigadores de la época.

En este caso, y a lo largo de nuestro ensayo, procuraremos analizar lo que de precedente de la narrativa conservadora del siglo XX tuvo, y tiene, *Pequeñeces*, una obra escrita por el jesuita Coloma y que en su momento fue polémica por razones que ya iremos viendo y desgranando. Una novela, por cierto, muy nombrada y conocida de oídas, aunque poco leída en la actualidad. Pero el primer objetivo consistirá, como parece lógico, en adentrarnos sucintamente en el mundo de Coloma, en su vida y en las circunstancias que le llevaron a la escritura de *Pequeñeces*.

Los argumentos —y lo digo en plural porque son varios los que se desarrollan de forma paralela, y entre ellos uno muy sugerente tocante a la masonería— se sitúan, cronológicamente hablando, en la extensa etapa histórica que damos en llamar Sexenio revolucionario y alrededores, es decir, desde el destronamiento de Isabel II, pasando por los

tiempos de Amadeo I y la República, hasta el reinado de Alfonso XII, aunque al principio de la narración se remontan los argumentos hasta 1832, etapa final del reinado de Fernando VII, al objeto de ubicar y explicar el origen de uno de los personajes¹.

Conviene, ante todo, conocer al autor y situarnos sin rodeos en el entorno de gestación de la novela. Pero es preciso advertir, por si alguien desconociese el hecho, que *Pequeñeces* se ha convertido, con el paso de los tiempos, en una novela-mito más que en una simple obra literaria. Y esto me parece incuestionable. Mito porque en sus páginas, y de una forma muy particular, se denuncia el despotismo y la escasa sensibilidad de la aristocracia española de la segunda mitad del siglo XIX. Y mito, igualmente, porque la novela de Coloma enlaza, a mi parecer, el costumbrismo radical con el realismo. Se halla, como tengo dicho, “a medio camino entre dos *ismos* y bebe a la vez de ambas fuentes, aunque el costumbrismo típico apenas se refleja en sus páginas”². Mito, en definitiva, hasta en lo que no dice o relata la novela, pues más de uno ha querido ver en ella sermones extremos o mensajes subliminales de tono integrista que de ninguna forma se hallan en la obra, o cuando menos en la intención del jesuita al escribirla. Otra cosa bien distinta es la interpretación que se le quiera dar al asunto.

He de señalar antes de nada que he confrontado dos ediciones bien distintas de *Pequeñeces* para la realización del presente estudio, una muy clásica del año 1960 y la otra, más actual, de 1987³.

¹ En el cap. III del Libro primero, Coloma se remonta hasta el 21 de junio de 1832. Nos cuenta que ese día Fernando VII “arrastrando los pies más por la gota que por los años, y María Cristina, en todo el apogeo de su lozanía y su belleza, sacaban de pila [apadrinaban] en la colegiata e iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, del Real Sitio de San Ildefonso, a un niño que se llamó Fernando, Cristián, Robustiano...”. Se refiere a Fernando, el primogénito de los marqueses de Villamelón, quien habrá de presentársenos en la obra luego como esposo de Curra Albornoz, personaje femenino protagonista y eje central de la novela.

² SERNA, Ricardo, “La masonería en *Pequeñeces*, novela emblemática del jesuita Luis Coloma”, en AA.VV., *La masonería española y la crisis colonial del 98*, VIII Symposium Internacional de Historia de la Masonería Española (Barcelona, 1997), Zaragoza, CEHME [Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española], 1999, pp. 363-382.

³ He confrontado dos ediciones bien diferentes de la novela de Coloma: la 5ª de Editorial Cátedra (Madrid, 1987), que cuenta con un estudio de Rubén Benítez, y la incluida en la 4ª edición de las *Obras Completas* de Luis Coloma, de la editorial Razón y Fe, S.A. (Madrid, 1960), una edición que me parece especialmente bien hecha y sumamente cuidada, a pesar de que a la más reciente de Cátedra nada se le pueda objetar.

Biografía del autor y argumentos de la novela se entremezclan a veces de forma puntual y curiosa, de modo que surgen de repente coincidencias que sorprenden y suscitan un renovado interés. Es bien cierto que la biografía de Coloma mantiene algunos puntos de contacto con determinados pasajes de la novela, cosa que ayuda —en caso de saberlo previamente— a leer el libro con una mayor atención. Una obra literaria es fruto, muchas veces, de las propias necesidades o carencias del escritor. De ahí la importancia de conocer la biografía de éste para conseguir así un acercamiento digno y certero a los pormenores de su trabajo.

DE LA VIDA Y PASOS LITERARIOS DE COLOMA. IMPORTANCIA DE UNA BIOGRAFÍA

Adentrarse, aunque sea mínimamente, en la vida del autor de una obra literaria me parece obligación previa e ineludible a la hora de hablar de dicha obra. La razón es obvia: el autor, lo pretenda o no, refleja en sus creaciones artísticas parte de sí, de su personalidad o de sus circunstancias, de modo que cuanto más conozcamos esas circunstancias, mejor podremos valorar la obra resultante.

El testimonio más antiguo para conocer la vida del padre Coloma data de 1891. Se trata de la *Biografía*, indudablemente parcial —incompleta, mejor dicho⁴— que de Coloma hace su amiga Emilia Pardo Bazán. Posteriormente vendrían un estudio del P. Constancio Eguía editado en 1915 y, sobre todo, el *Estudio biográfico y crítico* del jesuita Rafael María de Hornedo⁵, quien ha conocido como nadie, en mi opinión, tanto la vida como la obra de Coloma.

Así pues, y dejando de lado la historia de los ascendientes⁶ del escritor, diremos que éste nació en Jerez de la Frontera, el 9 de enero de 1851, a las seis de la mañana.

⁴ Digo *incompleta* en el sentido cronológico, pues Coloma fallece el 10 de junio de 1915.

⁵ HORNEDO, Rafael María de, "Estudio biográfico y crítico", en COLOMA, Luis, *Obras Completas*, 4ª ed., Madrid, Razón y Fe y El Mensajero del Corazón de Jesús, 1960.

⁶ Para conocer la historia y vicisitudes de la familia de Coloma, acudir a la citada biografía de Hornedo, recomendable por lo completa.

De su infancia y adolescencia se conocen bastantes datos y detalles. Las primeras letras las estudió en el colegio jerezano de don José del Rincón, de buena fama entre la burguesía de la ciudad. Y en 1858, con siete años de edad, es matriculado en el instituto. Pretendió ingresar más tarde en el Colegio Naval Militar⁷. Tras la breve experiencia, sigue con su bachillerato, que acaba en 1868, año en que se matricula en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla⁸.

Fue éste un año convulsionado por los sucesos políticos. Los acontecimientos revolucionarios, con sus graves secuelas, tuvieron que dejar huella indeleble en el joven Coloma, máxime teniendo en cuenta la juventud de éste y su frecuente relación con círculos sociales medios y altos.

Uno de los primeros trabajos literarios de Luis Coloma será el relato que lleva por título *Todos lloran*⁹.

Como ya señalo en mi libro acerca de *Pequeñeces*¹⁰, “Coloma nunca fue, en el fondo, un hombre pragmático. Se le sabe discutidor con sus compañeros, sagaz e inteligente en su conversación y bastante educado en sus modales habituales. El corazón y los sentimientos regularon, en multitud de ocasiones, su conducta maleable. Esta opinión la deduzco de la lectura de sus obras y de varias opiniones de otros autores —Rafael María de Hornedo y Emilia Pardo Bazán, sobre todo— acerca de su manera de ser, de comportarse y reaccionar”.

Por su parte, Fernán Caballero, su amiga Cecilia, escribió en 1872 que Coloma tenía un genio “a la par que suave, alegre”¹¹. Consta que era

⁷ Según cuenta Emilia Pardo Bazán, Coloma “no tenía, sin embargo, vocación de marino, y como revelase en cambio una vivísima afición a las letras, eligió la carrera favorita de los muchachos que despuntan por literatos, el Derecho, y se contó entre los más brillantes alumnos de la Universidad de Sevilla” [PARDO BAZÁN, Emilia, *Biografía*, 1891]. Para ser sinceros, esta afirmación afectuosa no es muy exacta. Posiblemente tenga más tino el padre Hornedo cuando achaca el fracaso de Coloma en la Academia Naval a su falta de aptitud para las matemáticas.

⁸ Cuatro años hacía que su hermano José estudiaba igualmente Leyes en dicha universidad.

⁹ Que se sepa, es de las primeras narraciones que ejecuta durante su primera etapa universitaria en Sevilla.

¹⁰ SERNA, Ricardo, *Masonería y Literatura. La Masonería en Pequeñeces, novela emblemática de Luis Coloma*, Madrid, FUE [Fundación Universitaria Española], 1998, p. 32.

¹¹ Cecilia Böhl de Faber tenía una filosofía política y moral muy semejante a la de Luis Coloma. O viceversa, hablando con mayor propiedad.

aficionado a las carreras de caballos y que acudía con frecuencia al teatro de San Fernando, así como a las reuniones de alta sociedad donde era invitado. Coloma conoció muy bien la aristocracia de su tiempo, una clase dominante a la que pinta con maestría, y a veces con ironía o dureza, en títulos como *Un milagro*, *La gorriona* o la misma *Pequeñeces*.

Lo cierto es que, al margen de estudiar Leyes, Coloma hizo otras cosas durante su etapa estudiantil, entre ellas escribir. León Díaz y Jenaro Cavestany explican su mucha afición a cuestiones mundanas. La política le llevó también, sin duda, mucho tiempo, así como la lectura de libros y periódicos.

AMBIENTE LITERARIO EN TORNO A 1868. LA PRENSA CATÓLICA

Tras la revolución de 1868 y la consiguiente etapa de laicismo y anticlericalismo, muchos creyentes se unieron en la llamada Asociación de Católicos. En 1872, Coloma era secretario de la misma. "En Jerez tuvieron parte importante en la organización los jesuitas. Y es posible que el contacto de Luis con la Compañía se iniciase o estrechase a través de la Asociación de Católicos"¹².

De las aficiones literarias de Luis Coloma habla Fernán con relativa frecuencia. Lo hace, por ejemplo, en la introducción a la obra de Coloma *Solaces de un estudiante*, aunque también hay anotaciones de la escritora anteriores y posteriores a esas fechas.

El ambiente literario de los años previos a 1868 parecía un tanto agotado. Hornedo, en su estudio, habla de que al margen de media docena de poetas y autores conocidos —Cañete, Rodríguez Zapata, Fernández Espino y Tubino, sobre todo—, el panorama no era precisamente muy alentador que digamos¹³.

¹² HORNEDO, Rafael María de, "Estudio Biográfico y crítico", en COLOMA, Luis, *Obras Completas*, 4ª Ed., Madrid, Razón y fe, 1960, p. XVIII.

¹³ *Ibidem*, p. XIX.

Conviene señalar que el siglo, literariamente hablando, es más complejo de lo que aparenta¹⁴. El segundo romanticismo, en fase terminal, da muestras de cariz liberal en la década de los treinta. Larra (1809-1837) será, sin duda, el prosista fundamental de la etapa. El género literario de *costumbres* adquiere cierto auge con Mesonero Romanos (1803-1882) y Estébanez Calderón (1799-1867), y en poesía, Espronceda se halla a medio camino entre el entusiasmo y la desesperanza. José Zorrilla (1817-1893), por su parte, nacionaliza el movimiento romántico, que culmina, a mi entender, en las figuras de Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) y Rosalía de Castro (1837-1885). Sin embargo, la auténtica transición hacia el realismo está en la prosa de Alarcón (1833-1891) y de Fernán Caballero (1796-1877), si bien Pereda es el verdadero impulsor del movimiento costumbrista puro. Pérez Galdós (1843-1920) crea un mundo ficticio de enorme interés en sus *Episodios Nacionales*, definidos como "epopeya cierta de la vida española". Ramón Menéndez Pidal señala que para conocer la vida española —castellana— en el siglo XI, nada mejor que acudir al poema del Cid. Del mismo modo, para entender el siglo XIX y su carácter, nada como asomarse a los escritos de Galdós¹⁵.

¹⁴ Un buen referente para la contemplación del panorama literario español del primer tercio del siglo XIX podría ser la obra de ALCALÁ GALLANO, ANTONIO, *Literatura española siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 1969. Los trabajos que se incluyen en el volumen constituyen un resumen de la época literaria contemporánea de Alcalá, escrito con bastante objetividad y tino crítico.

¹⁵ Benito Pérez Galdós asistía con frecuencia al Ateneo de Madrid, cuyo espíritu liberal no tardó en asimilar. Colaboró con el periódico *La Nación*, donde publica su traducción de *Pichwick*, de Dickens. Viajó bastante por el extranjero, sobre todo por Inglaterra, y fue diputado liberal, lo que le permitió observar de cerca el funcionamiento y la burocracia del Estado. En 1897 ingresa en la Real Academia Española. Su obra es fecundísima: setenta y siete novelas, veintidós obras teatrales y varios volúmenes de artículos y ensayos. De sus novelas, mencionaré aquí *La Fontana de Oro* (1868), *La familia de León Roch* (1878) y, desde luego, *Los Episodios Nacionales*, divididos a su vez en series, la última de las cuales quedó incompleta. Acerca de la obra galdosiana se han escrito millones de páginas. Cfr. REGALADO, A., "B. Pérez Galdós y la novela histórica española", Madrid, *Insula*, 1966; SHONAKER, W.H., *Estudios sobre Galdós*, Madrid, Castalia, 1970; CASALDUERO, J., *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*, Madrid, Gredos, 1972; BLANCO, C., *La historia y el texto literario. Tres novelas de Galdós*, Madrid, Nuestra Cultura, 1978; GULLON, R., *Técnicas de Galdós*, Madrid, Taurus, 1980; LOPEZ SANZ, M., *Naturalismo y espiritualismo en la novelística de Galdós y Pardo Bazán*. Madrid, Pliegos, 1985; FERRER BENIMEL, J.A., *La masonería en los Episodios Nacionales de Pérez Galdós*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982; CAUDET, F., *Zola, Galdós, Clarín. El naturalismo en Francia y España*. Madrid, Serv. Publicaciones Universidad Autónoma, 1995.

Desde el punto de vista literario, y con anterioridad a la revolución de 1868, parece darse un clima de apatía que retrocede sensiblemente a raíz de la irrupción de nuevos valores jóvenes en torno a 1867, como Cueto, Peñaranda o Montoro. Por la misma época, aparecen también revistas que animarán mucho el cotarro de la creatividad, sumida hasta esas fechas en un cubículo de cierto abandono. Sin embargo, Luis Coloma “permanece ajeno a este florecimiento, alejado de los representantes de la literatura sevillana... Coloma desde sus inicios siguió otro derrotero”¹⁶.

En sus comienzos mantiene correspondencia con Fernán Caballero, Emilia Pardo Bazán y Avellaneda¹⁷. A ésta le envía su obrita *Contrastes de la vida*, y ella le contesta felicitándole por su “ensayo literario”.

Hablando de escritoras del XIX, y permitiéndome un breve inciso, quiero señalar que a lo largo del siglo, el ideal de mujer se expresa con la idea de *ángel del hogar*. La Iglesia potencia a su vez esa visión, y son los escritores —tanto hombres como mujeres— los que terminan por dibujar el estereotipo. Severo Catalina, entre otros escritores, aborda el tema femenino. Resulta curioso el hecho de que Coloma quede seducido pronto por el espíritu femenino y se rodee de amigas escritoras cuya influencia resulta evidente en él y en sus libros. Y eso en una época en la que las mujeres tenían poco menos que vetado el acceso en solitario a las bibliotecas públicas¹⁸.

De Benito Jerónimo Feijoo, y de su *Discurso en defensa de la mujer*, aprende mucho Pardo Bazán. Feijoo rebate la supuesta inferioridad intelectual de las mujeres y desmitifica las opiniones de los sectores misóginos al respecto del talento femenino. Emilia Pardo escribe a favor de la mujer y crea personajes narrativos de gran riqueza reivindicativa. Lo vemos, por ejemplo, en *La mujer española*, una recopilación de artículos acerca de los diversos tipos de mujeres.

¹⁶ HORNEDO, Rafael María de, *op. cit* nota 12, p. XIX.

¹⁷ La escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda llegó a España con más de veinte años de edad. Fue amiga, como ya sabemos, de Gallego, Quintana, Espronceda, Zorrilla, Bretón y otros muchos autores. En 1841 apareció en Madrid su novela *Sab*, de argumento antiesclavista. Luego salieron también *La baronesa de Joux* y *Espatolino* (1844). Fue reconocida en la capital como escritora y autora dramática. Cfr. BRAVO, C., *Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Madrid, Universidad, 1974; ZALDIVAR, G. y CABRERA, R., *Homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Miami, Universal, 1981.

¹⁸ Las mujeres, a mediados del XIX, tenían prohibido el acceso a las bibliotecas. Eso, al menos, es lo que se desprende del contenido de una carta escrita por Gertrudis Gómez de Avellaneda en 1854.

Pero volvamos a Coloma. A comienzos de 1871 se publicó en el *Semanario Católico* un artículo titulado *¡Paz a los muertos!*, que según Hornedo “es, tal vez, su primer impreso”¹⁹. Y aproximadamente “por esas mismas fechas de 1871, envió a Angela Grassi, para *El Correo de la Moda*, de Madrid, la narración titulada *La Pascua florida y el cuarto ayunar*. La prensa católica jugó un importante papel en la difusión del quehacer literario de Luis Coloma, en especial *El Mensajero*, cuya eficacísima distribución y gran tirada hizo posible que los escritos de Coloma se popularizaran pronto”²⁰. La edición de *El Mensajero* empezó su andadura en el año 1866. Tuvo una primera época de publicación en Barcelona bajo la dirección de José Morgades, pero cuando éste fue nombrado obispo de la diócesis de Vich, los jesuitas solicitaron el traslado a Bilbao de la sede de la revista. Empezará de este modo la segunda época o segunda serie de la publicación, bajo el título de *Mensajero [sic] del Corazón de Jesús*, y subtitulada como *Revista mensual dirigida por padres de la Compañía de Jesús*²¹. La revista es, sin duda de ningún género, una publicación de talante muy tradicional con bases de sustentación en el catolicismo de tendencia integrista. Baste citar, como demostración, las *intenciones generales* que figuran al inicio de cada número.

EL PRIMER LIBRO. COLOMA JESUITA: VOCACIÓN Y LITERATURA

Coloma consigue publicar su primer libro en abril de 1871. Pérez Dubrull accede a editarlo por mediación e influencia de Fernán. Nos referimos a *Solaces de un estudiante*. La obra, como hemos dicho, estaba prologada por Fernán y dedicada a Gertrudis Gómez de Avellaneda²².

¹⁹ Añade el jesuita Hornedo que “el texto de esta narración es completamente distinto del publicado bajo el mismo título en el *Mensajero*, en 1885. El de 1871 se encuentra reproducido en el volumen I de sus *Obras completas*” [HORNEDO, Rafael María de, “Estudio Biográfico y crítico”, en COLOMA, Luis, *Obras Completas*, 4ª Ed., Madrid, Razón y fe, 1960, p. XX].

²⁰ SERNA, Ricardo, *op. cit.* nota 10, p. 54.

²¹ En relación con *El Mensajero* y con el conflicto religioso acerca del Corazón de Jesús, consultar SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Isidro y VILLENA ESPINOSA, Rafael, “Sociabilidad católica y masonería: conflictos en torno al Corazón de Jesús en el umbral del siglo XX”, en AA.VV., *La masonería en la España del siglo XX*, Toledo, Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, t. I, pp. 59-73. Tiene un especial interés por su relación con este ensayo el apartado “El Mensajero, fuente para el conocimiento de una forma de sociabilidad católica...”, p. 64 y ss.

²² Salió en Madrid, en una colección de novela llamada “La familia cristiana, Biblioteca de novelas morales dedicada a la juventud”, números 27-29.

A raíz de entonces, y en poco tiempo, Luis Coloma consigue hacerse un hueco en revistas y prensa diaria. Digamos, a título de ejemplo, que publica en el folletín de *El Tiempo*²³, entre otros medios escritos.

Abriendo un breve paréntesis, y a propósito de la figura de Gertrudis Gómez de Avellaneda, señalaré que también parece ejercer cierta influencia en algunos rasgos de pensamiento del jesuita. Beth Miller defiende la adscripción de Avellaneda en el feminismo de su época, cosa discutida y discutible en opinión de la profesora Ángeles Ezama, quien afirma igualmente que la presión de la Iglesia fue una rémora importante para la falta de eco del movimiento feminista en la España del XIX²⁴. Y al abordar el tema de la emancipación de la mujer, no podemos olvidarnos de Concepción Arenal y de su obra, cuya influencia fue sin duda de enorme peso en el proceso liberador del género femenino²⁵.

En 1872, Coloma publica varios artículos en *El Progreso*, fruto al parecer de su tiempo de convalecencia por una herida de bala que recibió en el pecho y que a punto estuvo de costarle la vida²⁶.

Durante el año de 1873 se publican bastantes cosas. “Destacaré *Caín* (Madrid, 1873), *Juan Miseria*, con dedicatoria cariñosa a Fernán Caballero²⁷, *La batalla de los cueros* y *Episodio de la toma de Sevilla*²⁸. Coloma rehace mucho sus obras, las retoca, cambia los títulos, aprovecha fragmentos de unas para incluirlos en otras, refunde sin parar y publica lo mismo, o casi lo mismo, varias veces y en varios medios”²⁹.

En lo tocante a su relato intitulado *Juan Miseria* y en lo relativo al buen aprovechamiento que hacía Coloma de sus textos, Hornedo dice: “Esta novela corta, cuyo primer esbozo se encuentra en *Todos lloran*, que en su segunda redacción salió en *El Tiempo* (1871) con el título *Un creyente y un*

²³ Las de *folletín* suelen ser novelas de enredo facilonas y sentimentales, con un clímax al final de cada capítulo. En España se ponen de moda en torno a 1836 y tienen vigencia hasta bien entrado el siglo XX. Resulta curioso ver cómo el clero jugó un importante papel, proporcionalmente hablando, en este nuevo modo de edición literaria.

²⁴ EZAMA GIL, Ángeles, Disertación en curso de doctorado: “Escritores españoles del siglo XIX”, Universidad de Zaragoza, 4-II-2001.

²⁵ Cfr. LACALZADA DE MATEO, María José, *Mentalidad y proyección social de Concepción Arenal*, La Coruña, Concello de Ferrol, 1994.

²⁶ Acerca del asunto, obra que se cita en nota 10, p. 6.

²⁷ Editado en la imprenta de *La Revista Jerezana*, 1873.

²⁸ Publicado en *El Tiempo*, el 9-IX-1873.

²⁹ SERNA, Ricardo, *op. cit.* nota 10, p. 63.

despreocupado, coincidente en su texto sustancialmente con la edición jerezana de 1873, fue finalmente rehecha en 1888 para *El Mensajero*, en una tercera redacción, la definitiva y universalmente conocida". Algo parecido sucede con casi toda su producción literaria, en especial con las narraciones cortas, más fáciles de manipular y modificar según las necesidades del momento.

Durante "el mes de julio de 1873 muere don Ramón, su padre, y algunos periódicos se hacen eco del fallecimiento. Don Ramón Coloma Garcés fallece el 13 de julio de 1873. Contaba sesenta y seis años de edad. *El Guadalete* dio la noticia dos días más tarde, el 15 de julio. La reseña necrológica resaltaba las virtudes profesionales y morales del fallecido, así como sus vastos conocimientos médicos y sus restantes méritos. Esta inevitable experiencia deja mella en el sentimiento de responsabilidad de Luis Coloma, que parece volverse más reflexivo"³⁰.

De 1874 son *El pájaro verde* y *Un sucedido*. Y de estos años posiblemente sea también *Rompetechos*, del que se guarda un borrador inacabado³¹. Algo de teatro hizo también en 1874, *Juguete cómico* y un *Cuadro histórico*, aunque son piezas que dejó inacabadas. Coloma, a pesar de publicar mucho en periódicos, nunca se sintió vinculado al periodismo.

Y en su faceta política, tampoco resulta difícil definirlo: su pensamiento es claramente alfonsino, igual que parecían serlo sus amigas escritoras Fernán Caballero y Emilia Pardo Bazán³².

Desde estos años hasta el final de sus días, su vida transcurre entre la publicación, la vocación jesuítica y las relaciones sociales de altos vuelos.

En 1879 fallece Fernán, lo que conmovió mucho su ánimo. Esta escritora influyó en su obra de manera decisiva, pues el estilo de Coloma se resiente a menudo de las pegadas formales achacables a su amiga Cecilia. "En la senda de novelar al modo de Fernán Caballero —escriben Calders y otros—, detrás de Alarcón sigue el sacerdote jesuita...

³⁰ *Ibidem*.

³¹ Sospecho que podría ser de 1871 o 1872, al menos según se desprende de las deducciones de Hornedo.

³² Por imperativos de limitación de espacio, y a fin de no invadir con temas paralelos el asunto principal de este ensayo, remito a los interesados en ampliar la faceta de Coloma como activista político, a los Cap. XIII, XIV y XV de mi citada obra *Masonería y Literatura*, nota 10, pp. 67-79.

Como amigo incondicional de la ilustre novelista, recoge en un libro sus *Recuerdos de Fernán Caballero* e inicia su obra literaria imitándola en sus relatos breves con una serie de cuentos agrupados bajo el título de *Lecturas recreativas*. A éstas siguen sus novelas de costumbres *Pequeñeces* y *Boy* en las que, llevado de un afán moralizador muy sacerdotal, pone en solfa las costumbres de la aristocracia de su tiempo, cuyas lacras conocía desde dentro³³.

En los años 1883 y 1884 publica mucho, sobre todo en *El Mensajero*, revista que está en manos de la Compañía de Jesús desde 1883.

Le publican a raíz de 1884 títulos como *Cain, Historia de un cuento*³⁴, *La camisa del hombre feliz*³⁵ y *Polvos y lodos*, entre otras narraciones.

De Manresa, donde pasó algún tiempo, fue destinado luego al colegio jesuita de Orduña. "En el verano de 1885 creo que debe fijarse la composición de *Ranoque*³⁶, modelo de cuentos por el vigor y la concisión, que atestiguan la madurez del escritor"³⁷. *Ranoque* es, en efecto, un cuento pleno que podemos considerar de madurez, ya no sólo por la forma, mucho más depurada y literaria, sino por el redondeo de argumentos y la buena factura de los diálogos.

LA INSISTENCIA DE PEREDA Y LA GESTACIÓN DE PEQUEÑECES

Una de las mejores fuentes para el seguimiento del autor, entre los años 1886 y 1891, es el conjunto de cartas que Coloma cruzó con José María de Pereda. En ellas está la clave de la gestación de *Pequeñeces*. Su trato epistolar comenzó cuando Coloma envió a Pereda, por Navidad del año 1885, algunos de sus cuentos. A Pereda le gustaron mucho y su respuesta no pudo halagar más al jesuita. En una de esas cartas, el P.

³³ CALDERS, P., CANTIERI, Giovanni y otros, *La literatura a través de los tiempos*, Biblioteca Temática Uteha, México 1980, t. I, pp. 146 y 149.

³⁴ Antes titulado *Los dos compadres*. [HORNEDO, J. M^a de, *op. cit.* nota 12, p. XLVII].

³⁵ Escrito en 1880, según figura en las anotaciones de sus cuadernos personales.

³⁶ COLOMA, Luis, *Obras Completas*, 4^a ed., Madrid, Razón y Fe y El Mensajero del Corazón de Jesús, 1960, pp. 104-116.

³⁷ HORNEDO, Rafael María de, *op. cit.* nota 12, p. XLVII.

Coloma no sólo se declara admirador de Pereda, sino también *discípulo* literario suyo³⁸. Desde mi punto de vista no fue tal, aunque Coloma se lo dijese al interesado muy cortésmente. Mentira piadosa de Coloma a Pereda, al que también escribe: “Cuando yo lo escribí [se refiere a *Juan Miseria*] no le había leído a usted todavía, y se resiente por eso de cierta especie de tonillo sentimental, muy propio de Fernán, que la lectura y estudio de sus obras de V. me ha quitado posteriormente”³⁹. “Ese *tonillo sentimental* lo tendrá siempre Coloma, incluso hasta en *Pequeñeces*, donde se dejan notar rasgos literarios muy propios de Fernán Caballero. Ese *tonillo* aparece, no como vicio de autor, ni siquiera como deformación narrativa, sino como factor emocional característico de su estilo. Así que tampoco es cierto que la lectura de las obras del santanderino obrase el milagro de la eliminación de su tono sentimental. La diplomacia debía ser una de sus cualidades sobresalientes”⁴⁰.

Coloma no ve con buenos ojos el género narrativo novelesco, pues en 1884 escribe sin ambages que “es perjudicial en todas sus manifestaciones. Las novelas —prosigue el jesuita—, aun las buenas, las verdaderamente morales... fomentan un falso idealismo, contrario a la prosaica realidad. Quédense, pues, para aquellas personas superficiales...”⁴¹. Cuando Pereda leyó semejante juicio, escribió a Coloma diciéndole que lamentaba su opinión acerca del género de la novela, y que a pesar de todo, lo creía de los pocos autores del momento capaces de escribir “literatura sin catecismo”, cosa que Coloma nunca llegó a conseguir, ni siquiera en *Pequeñeces*, donde se halla lejos de lograrlo a pesar de la indiscutible calidad literaria de la novela, contemplada en su conjunto.

A pesar de tan mala opinión inicial, Luis Coloma dulcifica su postura enfrentada con el género. De no haber tenido esa rigidez moral propia del jesuitismo decimonónico, Coloma hubiera podido escribir una narrativa magnífica y moderna, contundente y exenta de tendenciosidad y moralina innecesarias, digna de compararse con la mejor de cualquier otro escritor de la época. Y no soy yo el primero en objetar a su narrativa esa tendenciosidad notoria. Incluso el jesuita Hornedo

³⁸ *Ibidem*, p. XLVIII.

³⁹ Epístola de 25 de enero de 1889.

⁴⁰ SERNA, Ricardo, *op. cit.* nota 10, pp. 95-96.

⁴¹ Parece que Coloma, en este juicio, ve en la novela algo pecaminoso *per se*, igualando la novela *buena* con la novela cristiana *moralizante*. No tiene en cuenta, sin embargo, el valor literario del género.

reconoce su existencia cuando dice que “no hay por qué negarlo”, aunque a continuación la justifique aludiendo a la propia de otros autores como Clarín, Blasco Ibáñez o Galdós. En Blasco Ibáñez sí que existe, pero apenas se aprecia en Galdós nada equiparable, ni tampoco en Leopoldo Alas.

Pequeñeces surgió, con toda probabilidad, de la insistencia que Pereda hizo a Coloma, durante años incluso, para que éste escribiese una novela larga en toda regla. El argumento lo tenía Coloma meditado hacía tiempo, al menos desde fines de 1887, aunque sin concretar en detalle.

“Una vez pergeñada a grandes rasgos, pensó primero titularla *La samaritana*, aunque luego cambiase de opinión”⁴².

Se documentó bastante acerca de usos y costumbres de la aristocracia a través de las revistas de sociedad —en especial *La Ilustración Española y Americana*— y de las crónicas de la prensa de los periódicos diarios a su alcance. Aunque a decir verdad, bien sabía de primera mano los modos y las formas de las clases y familias poderosas de la España finisecular del XIX. Todos esos detalles, más su experiencia directa en el trato social con buena parte de la aristocracia, hace más real si cabe el resultado argumental de la narración.

DE LA NOVELA Y LOS PERSONAJES. OPINIONES Y CRÍTICAS VARIAS. POLÉMICA Y SUPUESTO COMLOT DE LOS JESUITAS

“Luis Coloma empezó a editar *Pequeñeces* en enero de 1890, aunque la gestación de la novela fue laboriosa”⁴³. Inicialmente, la obra fue impresa por entregas en las páginas de la revista católica *El Mensajero* a partir del mes de enero de 1890⁴⁴. Por ello se entiende bien que la novela fuese tan conocida y suscitase tantos comentarios, ya que *El*

⁴² SERNA, Ricardo, “La masonería en *Pequeñeces*, novela emblemática del jesuita Luis Coloma”, en AA.VV., *La masonería española y la crisis colonial del 98*, VIII Symposium Internacional de Historia de la Masonería Española (Barcelona, 1997), Zaragoza, CEHME [Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española], t. I, 1999, pp. 374-375.

⁴³ *Ibidem*, p. 363.

⁴⁴ *Pequeñeces* se publicó en *El Mensajero* desde enero de 1890 hasta marzo de 1891. Luego apareció en forma de libro. Al principio, las críticas fueron buenas, pero pronto se volvieron las tornas y algunos periódicos hablaron de “auténtico escándalo editorial”.

*Mensajero*⁴⁵ era una publicación de la iglesia católica con una gran tirada de ejemplares y una respetable difusión.

En la novela, cuya trama esencial desarrolla la etopeya de Curra Albornoz, aristócrata sin escrúpulos que no duda en actuar fuera de la moral cristiana para conseguir sus objetivos, existe una fuerte carga de crítica social, lo que desencadenó inicialmente el escándalo cuando la novela de Coloma se empezó a conocer de forma generalizada y a comentar en corros y tertulias. Y los primeros en escandalizarse no fueron, ni mucho menos, los sectores más liberales de la sociedad de su tiempo, sino justamente la aristocracia y las capas más altas de la burguesía, círculos que se vieron retratados en ciertas poses y actitudes viciadas de algunos personajes de la narración del jesuita. “Consigue un grupo inolvidable de personajes, y los maneja con auténtica lucidez y maestría, logrando una novela de argumento entretenido de la que no están ausentes efectos dinámicos como el *flash-back* retrospectivo”⁴⁶.

La cantidad de personajes —he podido contabilizar 474 nominados— hace imposible desarrollar una definición generalizada de los mismos. Hay algunos memorables, bien dibujados y con una actividad esencial dentro de la obra, mientras que la mayoría son comparsas de los nueve o diez que resultan indispensables⁴⁷.

Personajes adscritos al clero he contabilizado nueve, y de ellos al menos cuatro son jesuitas, cosa nada extraña si tenemos en cuenta que Coloma también lo era. A todos menos a uno, sin embargo, los podríamos integrar en el apartado de personajes de coyuntura o secundarios, ya que su papel resulta mínimo o escasamente relevante en el desarrollo argumental de la narración. Únicamente el personaje del padre Cifuentes es destacable en este grupo. Este jesuita es descrito como un tipo pequeño y algo desaliñado, y no creo estar en un error al pensar que

⁴⁵ *El Mensajero del Corazón de Jesús* era en aquellos años del XIX una revista de contenido cristiano que llegaba a miles de hogares españoles. Era muy leída, y hasta los enemigos tradicionales del clero y del conservadurismo la conocían y analizaban, aunque sólo fuese para poder contraatacar con conocimiento de causa y argumentos opuestos y sólidos a las cuestiones suscitadas en los distintos artículos de sus números.

⁴⁶ SERNA, Ricardo, *op. cit.* nota 10, p. 107.

⁴⁷ Es decir, el 1,8% de los personajes podrían mover, en mi opinión, en mi opinión, el 70% de los argumentos de la obra, de tal modo que me parece lícito afirmar que la inclusión de personajes secundarios no hace sino cubrir de urgencia la necesidad narrativa coyuntural que el autor va encontrando conforme escribe e inventa, a la vez que mantiene cerca de sí esa novena tan especial de personajes que acompañan la acción a lo largo de todos o casi todos los capítulos del libro.

Coloma quiere retratarse parcialmente en él, convirtiéndolo en su *alter ego*. Sus valores morales se ofrecen idénticos en el personaje, y el autor se parapeta tras él para ofrecer sus comentarios o puntos de vista acerca de asuntos muy concretos que van surgiendo al hilo de los argumentos.

La protagonista es una mujer, Currita Alborno, mujer fría y de carácter que aparece como la diana a la que apuntan los dardos afilados de la moralidad. Se nos presenta como *la mala* por excelencia del relato, dándose cita en ella una buena porción de vicios y maldades.

Opiniones sobre esta obra no faltan. Las hay para todos los gustos. “Se dice de *Pequeñeces* que es una cruel crítica sectaria, fruto de la oscura propaganda jesuítica. Otros escriben que se trata de un libelo, de una burla radical contra los pilares de la sociedad madrileña; de sátira cruel la califican otros. Incluso hay quien afirma que Zola tiene en Coloma un fiel discípulo y seguidor. Y el escándalo aún fue mayor por el retrato que se hace de personajes reales más o menos conocidos. Un escándalo similar había causado en París *El Nabab*, novela de Alfonso Daudet. Escandalizaban más estas novelas porque no había costumbre de contemplar, junto a personajes inventados, otros cuya realidad y existencia era patente. El *retrato* de personajes reales, y su complicidad en una trama novelesca, causa estupor en algunos lectores no acostumbrados a convivir con dicho fenómeno. Incluso hay quien va más allá, creyendo adivinar personajes *en clave* que representan a otros de carne y hueso de la época. A Pedro López, un cronista de saraos que aparece en *Pequeñeces*, Fernández Almagro lo emparenta con el periodista Ramón de Navarrete —Asmodeo de seudónimo—, quien, según las malas lenguas, llevaba los bolsillos del frac forrados de hule para poder arramblar con las exquisiteces de los festines. Claudio Molinos tiene su *alter ego* real en Felipe Ducazcal, fundador de *El Heraldo de Madrid* y ferviente ama-deísta. Y el personaje de Butrón, más difícil de emparentar desde mi punto de vista, lo han asociado algunos a Molíns; otros, en cambio, al marqués de Alboloduy, alfonsino jerezano. Y respecto a Jacobo Sabadell, noble masón, el marqués de Lema señala que se parece mucho al retrato del marqués de Sardoal. Parece difícil sacar conclusiones respecto a este último caso”⁴⁸.

En relación a las opiniones que suscitó la publicación de la novela, Calders escribe que “la polvareda fue mayúscula, provocando una apasionada discusión entre Valera como fiscal y la Pardo Bazán como

⁴⁸ SERNA, Ricardo, *op. cit.* nota 10, p. 118.

defensora⁴⁹. Se esperaban de su pluma más títulos costumbristas de alboroto, pero el jesuita, secundando las orientaciones de sus superiores, se dedicó a la novela histórica, género donde era difícil que dolieran tanto las ampollas como en la novela de costumbres⁵⁰.

Gente hubo que pensó ver en la obra, con mejor o peor intención, una maquinación de la Compañía de Jesús. Entre ellos Guaqui, por ejemplo. El conde de Guaqui, escribió en *El Heraldo de Madrid*: "Sabido es que entre los jesuitas nadie se mueve sin orden superior; los actos todos de cada uno de sus individuos se encaminan a un fin determinado... El padre Coloma, S.J., ha escrito su libro con anuencia o por mandato de sus superiores; esto es indudable"⁵¹.

Para ser justos, hay que aclarar que a partir del XVIII, la Compañía ha recibido acusaciones de toda índole, ha sido perseguida en numerosas ocasiones por gobiernos y estados, y sus miembros acogidos con recelo en según qué círculos.

El conde de Guaqui termina preguntándose qué maquinación hace la Compañía, qué objetivo persiguen con ello los jesuitas. Se asociaba la Compañía con el integrismo católico, y se afirmaba en algunos círculos que cada jesuita era un azote para el asentamiento de una sociedad libre, moderna y segura.

Entretanto, y al margen de los rumores y las críticas, Luis Coloma fomentaba cada día más la amistad de María Cristina, hasta el punto de convertirse, a no tardar mucho, en su director espiritual.

Pequeñeces se vendió bien. Mejor que bien. Según los datos más fiables, en 1891 se vendieron cincuenta mil ejemplares de la obra. La polémica ejerció una notable propaganda que benefició mucho al escritor⁵². Según cifras que ofrece Pardo Bazán, "la tercera edición de *Pequeñeces* (siete mil ejemplares), se vendió antes de terminarse, ni siquiera llegó a verse en librerías; desapareció de ellas por arte de birlibirloque"⁵³.

⁴⁹ Es clara la enorme influencia que Pardo Bazán tuvo en Coloma, no sólo en lo literario, sino también en lo personal, estético y político. Quizá en lo social y en el aspecto de reivindicación del valor de las mujeres, Coloma no se dejó seducir tanto.

⁵⁰ SERNA, Ricardo, *op. cit.* nota 10, p. 149.

⁵¹ El conde de Guaqui firma en el periódico bajo el seudónimo de Pedro Arbués.

⁵² SERNA, Ricardo, *op. cit.* nota 10, p. 119.

⁵³ PARDO BAZÁN, Emilia, *Nuevo Teatro Crítico*, julio de 1891, según cita de SERNA, Ricardo, *Masonería y Literatura. La Masonería en Pequeñeces, novela emblemática de Luis Coloma*, Madrid, FUE [Fundación Universitaria Española], 1998, p. 119.

DE MADRID AL CIELO. FIN DE TRAYECTO

En 1895, Luis Coloma tiene la salud tocada, así que es trasladado a Madrid por la Compañía, plaza de la que ya no saldrá de manera oficial hasta su fallecimiento. El cansancio hizo mella en su cuerpo; había recorrido media España como jesuita y el definitivo destino en la capital parece agradarle. A pesar de los achaques de salud, ese mismo año publica su novela *Boy* por entregas en *El Mensajero*, aunque queda inacabada. Es curioso lo que sucede con esta obra. Resulta que Coloma, probablemente agotado y en crisis creativa, solicitó en determinado momento a Antonio de Hoyos que acabase por él la novela. Incluso le dejó su manuscrito a Hoyos con intención de que continuase el trabajo. Éste no aceptó y le devolvió su, entonces, inacabado relato. “No era — dice — la vida vista en la vida, sino en la cátedra de Moral, en el confesionario”. Hoyos devolvió la novela incompleta a Luis Coloma y se negó a terminarla. Hornedo quiere disculpar esa actitud de su correligionario y *supone* “que Coloma no se sentiría contrariado por la negativa, pues imagino — dice — que en el fondo estaría ya arrepentido de haber hecho tal propuesta”⁵⁴. No tengo más remedio que disentir de su disculpa ajena. Está claro que Coloma esperaba convencer al joven escritor madrileño⁵⁵.

Repuesto del *bache*, el padre Coloma sigue publicando con más abundancia, si bien en ningún momento dejó de hacerlo del todo. En 1897, el año del asesinato de Cánovas, sale *Las borlitas de Mina*. Luego siguieron *Dos Juanes*, del mismo año, *Cartas claras* (1898) y también *La reina mártir* (1898).

Hacia finales de 1901, Coloma escribirá *El salón azul*, que será publicada primero en *La Gaceta del Norte* y luego, como no podía ser menos, en *El Mensajero del Corazón de Jesús*. Y al año siguiente comenzó *Jeromín*, obra biográfica en torno a la persona de don Juan de Austria, bien recibida en general y que tanta fama le proporcionó igualmente en su última etapa como escritor.

⁵⁴ HORNEDO, Rafael María de, *op. cit.* nota 12, p. LXXIX.

⁵⁵ La vida y milagros de Antonio de Hoyos resulta fascinante. Algunos datos biográficos aparecen en el Cap. XXVI de mi citado libro acerca de *Pequeñeces*, nota 10, p. 122.

El 2 de enero de 1908, cuando Coloma estaba en la cima de su fama literaria y de su popularidad, la Academia le abre sus puertas. Su discurso de ingreso⁵⁶ versó sobre *El autor de Fray Gerundio*, el leonés Francisco José Isla, jesuita como él y precursor del costumbrismo decimonónico.

Este honor despertó los recelos y las críticas en algunos sectores. Tanto es así que, a pesar de los años transcurridos desde su inicial publicación en *El Mensajero*, de nuevo se volvió a hablar, y no poco, de *Pequeñeces*. En el *Heraldo* madrileño, Puck escribía: "*Pequeñeces* es un folletín indigesto, antipático, cursi, soporífero". Pero la mayor parte de los comentarios no tienen este tono crítico, sino que ofrecen la noticia de su nombramiento como académico para cubrir la vacante dejada por don Valentín Gómez y hablan, sin acritud, de sus méritos como escritor de larga trayectoria.

"En 1911, el corazón le da serios problemas y pierde frescura mental. Pasa largas temporadas en reposo. Y el 10 de junio de 1915, tras una breve agonía, fallece el novelista"⁵⁷. En 1888, Menéndez Pelayo había dicho y escrito de él: "Su libro [*Lecturas recreativas*] me ha revelado en usted una verdadera genialidad de novelista...". Alcalá Galiano, por su parte, opinó que "...sus dotes de narrador, su ingenio, su maestría en el diálogo, la observación de los caracteres y del ambiente social de su época, le otorgan un puesto muy honroso en la novela del siglo XX".

ESTÉTICA LITERARIA DE LA NOVELA DEL PADRE COLOMA

Aunque ya se ha dado a entender en diferentes apartados de este breve ensayo el hecho claro de que esta obra no representa ni mucho menos el ideal narrativo de la última década del siglo XIX, también es verdad que la novela de Coloma conserva un *tirón* especial. Digamos, para entendernos mejor, que *Pequeñeces* sugiere cosas. Hipólito Esteban escribe que *Pequeñeces* está "emparentada en el seno de los modos naturalistas con *La Montálvez* y *La espuma*; sátira de la alta sociedad madrile-

⁵⁶ El discurso fue leído por el marqués de Pidal. Apoyaron el ingreso de Coloma en la Academia Antonio Maura y José Echegaray, entre otros.

⁵⁷ SERNA, Ricardo, *Op. cit* nota 2, p. 377.

ña, permisiva y laxa en sus menudencias o pequeñeces, más graves de lo que ella estima, parece recoger retazos de vida real escandalosos en su tiempo y adolece —añade el profesor Esteban— del maniqueísmo y del sermón moralizador aprendidos acaso en Fernán Caballero, aunque el estilo aquí es más moderno y funcional”⁵⁸.

Pequeñeces —dice Shaw— “es, en más de un sentido, un apéndice de *La Montálvez* de Pereda. La novela, sermón en términos narrativos, toma como tema la corrupción de la alta sociedad madrileña que tolera como meras pequeñeces lo que para la Iglesia son pecados mortales. La historia se centra en la vida inmoral de la heroína, Currita Albornoz, y culmina inevitablemente en su conversión bajo influencia jesuítica”⁵⁹. Y añade: “Esto da pábulo a Coloma para satirizar malignamente la indiferencia moral de las clases dirigentes y para abogar por una liga de moralidad entre personas *decentes* de ambos sexos, que logren excluir a los pecadores de la sociedad. El enorme éxito de *Pequeñeces* se debió sólo en parte a sus méritos intrínsecos, pues de un lado coincidió con un resurgimiento de la influencia religiosa, considerada *de buen tono* durante la Regencia y, de otro, proporcionó el insólito espectáculo de un clérigo escribiendo en una vena seminaturalista. También se sospechó que reproducía personas y situaciones de la vida real, aunque Coloma lo negó; quizá sea significativo que en 1891 se publicara un nuevo ataque contra la sociedad elegante —*La espuma*, de Palacio Valdés— y que, en esa corriente, surgieran más tarde *Gente conocida* (1896) y *La comida de las fieras* (1898), dos de las primeras creaciones benaventinas”⁶⁰.

Aquí, y sin quitarle un átomo de validez a las aseveraciones de Shaw, dejaremos constancia de que la novela no es, desde el punto de vista estético, un sermón. Sí tiene una carga moralizante, es cierto, pero ubicada con la suficiente habilidad narrativa para que se diluya de manera natural a lo largo del relato, de tal manera que la estética salva la cara a pesar de ciertos contenidos morales que a nadie pasan desapercibidos. Al menos no parece un sermón, a pesar de que pueda serlo en sus profundidades o incluso de manera subliminal. Otra cosa es que en la moralidad que ejercen algunos personajes de la obra, se pueda ver o intuir una moralina especial, digna representante del clero conservador de la España decimonónica.

⁵⁸ ESTEBAN SOLER, Hipólito, *El realismo en la novela*, Madrid, Editorial Cincel, Cuadernos de Estudio, 16, 1981, p. 92.

⁵⁹ SHAW, Donald L., *El siglo XIX*, t. 5 de la *Historia de la Literatura Española*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 182.

⁶⁰ *Ibidem*.

Estéticamente, y mal que pueda pesar a alguno, el jesuita no ofrece en absoluto un relato de apariencia doctrinaria o con excesivas excrecencias cristianas de signo integrista, sino una novela normalizada en la que se relatan hechos sufridos y padecidos por un elenco de personajes bien estructurados que, en algunos momentos —y eso nadie lo niega— se comportan a imagen y semejanza del propio escritor. Si éste no hubiese sido jesuita, las críticas negativas u hostiles hacia *Pequeñeces* hubiesen sido menores o de otro talante cuando menos.

Hablábamos páginas atrás de la importancia del padre Cifuentes. En él, más que en ningún otro personaje, se ve reflejada la moralidad cristiana de Coloma, quien se vale sin ambages del personaje para ofrecer sus puntos de vista contrarios a toda acción humana y social que se halle alejada de los dictados de la Iglesia.

Es innegable que algo de moralina sí que hay, pero no tanto como se ha dicho a veces. Démonos cuenta de que quien escribe la obra es un sacerdote; y jesuita, para más señas. Pero con todo, la estética de la novela no pierde, en términos generales, la dignidad mínima exigible a una obra literaria de esa envergadura. Yo mismo tengo escrito que “la novela no tiene la calidad literaria intrínseca que hubiera sido deseable. Eso no es óbice, en absoluto, para que el relato tenga, de manera general, un fuerte tirón, un enorme atractivo, un imán que le da —seamos francos— su auténtica dimensión y justificación.

Si analizamos el asunto de la calidad desde el punto de vista del atractivo argumental, tendremos como resultado un trabajo digno de la mejor pluma de finales de siglo. Si, por el contrario, vemos la novela desde la óptica del estilismo, del detalle, del esmero lingüístico, de la selecta adjetivación, de los ritmos narrativos, la novela de Coloma dejaría que desear.

En la novela se observa también una buena dosis de *doctrina* católica, de sermón enfoscado, de intención moralizadora, si bien hay que reconocer que el novelista sabe colocar en su debido sitio esos rasgos, esas pinceladas tan comprometedoras como peligrosas para una pieza narrativa. Y eso, reconozcámoslo, tiene su mérito. La obra no llega a parecerse a una *fábula moral cristiana* propiamente dicha gracias a la delicadísima y especial manera que Coloma tiene de enfocar el mensaje último, la enseñanza útil. Es, por eso mismo y por las demás características que venimos exponiendo, una novela que se podría definir como antecedente preclaro de la posterior literatura conservadora de talante católico a escribir en el siglo XX. En definitiva, *Pequeñeces* es una novela entre-

tenida, con carga de misterio, con elementos activos más que sobrados para la buena ejecución de la trama, con personajes inolvidables y bien trazados —hay *etopeyas* verdaderamente brillantes en el relato—, con una magnífica ambientación que deja al descubierto la segunda mitad del siglo XIX ante nuestros ojos atónitos, y con ese aire especialísimo del que no carecen nunca las obras de categoría.

Podrá gustar más o menos a según qué lectores, no digo que no, sobre todo si se lee con prejuicios de cualquier tipo o con alguna prevención. Y la crítica estará legitimada para objetar mil y un detalles de heterodoxia narrativa, pero la obra, por sí misma, es sugerente, grata y comprensible para la mayoría, incluso para esos lectores perezosos que tanto se resisten al magnífico y saludable pecado venial de la lectura⁶¹.

⁶¹ SERNA, Ricardo, *op. cit.* nota 10, p. 147.